

SOBRE LA PICARESCA EN HISPANOAMÉRICA

Los esfuerzos dedicados a demostrar la existencia de una narrativa colonial no han conseguido hasta ahora modificar un espacio vacío en lo que se refiere al tema que nos ocupa: ninguna novela picaresca se escribió en América en la época de desarrollo del género, sin duda porque no lo permitieron las mismas circunstancias que obstaculizaron el desarrollo de toda prosa de ficción. Los territorios de ultramar ni siquiera constituyeron un ámbito atractivo para los autores de esos relatos: de las aventuras de don Pablos en Indias nunca se tuvo noticia, de modo que apenas cabe señalar como excepciones la *Vida del escudero Marcos de Obregón* y *Alonso, mozo de muchos amos*. En cuanto a la primera, Vicente Espinel ni siquiera hizo de las tierras americanas el escenario de las andanzas de un pícaro: se limitó a poner en boca del doctor Sagredo (descansos 19-23 de la Relación Tercera) el relato de un viaje al estrecho de Magallanes, inspirado en la expedición que se organizó en 1581 por iniciativa de Pedro Sarmiento de Gamboa para tomar posesión de aquellas costas, ocasión para recordar aventuras aderezadas con monstruos y en particular con los gigantes patagones que los cronistas de Indias habían imaginado con ayuda de los libros de caballerías y de otras lecturas ricas en ingredientes fantásticos, y en este caso inspiradas también por la *Odisea* y otras fuentes literarias. En la segunda, los episodios incluidos por Jerónimo de Alcalá Yáñez en el capítulo octavo de la primera parte ocurren en México, pues don Fadrique, uno de los muchos amos de Alonso, viajó hasta allí con una vara de alguacil mayor y la esperanza de volver rico a España. Lo cierto es que fue el pícaro quien prosperó en tierras novohispanas, y quien se arruinó después al tratar de extender sus negocios hasta China. Aunque esos avatares

puedan interpretarse como un testimonio de la autosuficiencia económica de las Indias españolas y de la importancia que adquiría el comercio con Oriente desde la perspectiva del virreinato¹, en esa «novela-sermón» significaban sobre todo una ocasión más para extraer consecuencias moralizadoras sobre los riesgos de la codicia: no es la adquisición de la riqueza lo que pierde a Alonso, sino la altivez y la arrogancia con que vive el favor de la fortuna y el ascenso social que le reporta. Los escenarios americanos, que Alcalá Yáñez no conocía ni intentó describir, no eran imprescindibles para los fines que alentaban la novela.

Ciertamente, no faltan textos coloniales relacionables con la picaresca, e incluso relatos de descubridores o conquistadores analizables desde esa perspectiva. El caso más señalado es el de los *Naufragios* de Álgar Núñez Cabeza de Vaca, a quien ha podido verse como «pionero de una larga saga de viajeros que le pisarán las huellas en empresas similares, los Alonso Ramírez, Concolorcorvos o Periquillos»²; en suma: como precursor de los primeros personajes de la literatura hispanoamericana en los que se han detectado rasgos picarescos. La condición de informe autobiográfico de esa *relación*, el hambre y la necesidad como impulsores de la acción, el pragmatismo de personajes que se adaptan a circunstancias difíciles y cambiantes y que consiguen sobrevivir por instinto, e incluso el «discurso narrativo del fracaso»³ que textos como ése parecen asumir en el contexto de las crónicas de Indias, son aspectos que justifican la comparación, y que no deben ignorarse (*Naufragios* se publicó en 1542 aunque la versión definitiva se retrasara hasta 1555) a la hora de analizar la época en que se escribió el *Lazarillo*. También debe tenerse en cuenta que la novela picaresca, al menos desde que la publicación de la *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache* permitió percibirla como un género con características propias, pudo condicionar la escritura de algunas crónicas: no es imposible que en alguna de sus manifestaciones se inspirase la malicia socarrona con que Juan Rodríguez Freile impregnó sus relatos sobre delincuentes y adúlteros en su crónica *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, habitualmente conocida como *El Carnero*. También debe tenerse en cuenta *La endiablada*, obra escrita hacia 1626 por Juan Mogrovejo de la Cerda, y llevada de Lima a Madrid por el oidor Juan de Solórzano Pereira en 1627. No se trata, ciertamente, de una novela picaresca (debe relacionarse más bien con los *Sueños* de Quevedo y en especial con *El*

¹ Véase Isaias Lerner, «Alonso en América: el Nuevo Mundo en la ideología picaresca», en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica. XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Madrid, 25-29 de junio de 1984, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana / Universidad Complutense, 1987, págs. 203-9.

² Véase Trinidad Barrera, «Introducción» a Álgar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, Alianza Editorial, 1985, págs. 7-50 (35).

³ Beatriz Pastor, *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*, Hanover: Ediciones del Norte, 1988, pág. 213.

diablo cojuelo de Vélez de Guevara), pero el espíritu que la anima sí que guarda relación con el género. Del diálogo entre los diablos Amonio y Asmodeo «claramente se desprende que las Indias no eran un Potosí, y que para medrar había que apicararse»⁴, lo que constituye una constante y tal vez una función característica de los elementos picarescos en la literatura colonial: pertenecen a ese discurso del fracaso que Álgar Núñez Cabeza de Vaca había iniciado con sus *Nafragios* y que muestra la cara amarga de la aventura colonial.

Tales elementos picarescos resultaron decisivos para que algunos textos adquirieran cierta condición de ficciones. Esos textos (no hay justificación para ampliar la nómina) son, desde luego, *Infatunios de Alonso Ramírez*, de Carlos de Sigüenza y Góngora, y *El Lazarillo de ciegos caminantes*, de Alonso Carrió de la Vandera, suficientemente estudiados también en este aspecto. Sin duda Sigüenza y Góngora conocía las peculiaridades y posibilidades de la novela picaresca lo suficiente para buscar en ella las soluciones que necesitaba para escribir su relato (el punto de vista narrativo, el tono de burla o sarcasmo con que se cuentan algunas anécdotas relativas a la vida del hampa y del servicio a ciertos amos), lo cual no debe extrañar si se tiene en cuenta que «el elemento picaresco es uno de los rasgos constitutivos de la autobiografía española del Siglo de Oro, al menos desde la aparición de la de Diego Suárez Montañés»⁵. Por lo demás, también se ha señalado reiteradamente la relación de ese relato con la novela bizantina (recuérdese su título completo: *Infatunios que Alonso Ramírez, natural de la ciudad de Puerto Rico, padeció así en poder de ingleses piratas que lo apresaron en las Islas Filipinas como navegando por sí solo, y sin derrota, hasta varar en la costa de Yucatán: consiguiendo por este medio dar la vuelta al mundo*), de modo que lo verdaderamente significativo no es esa contaminación de las ficciones de la época, sino la razón por la que la crítica no ha reparado en ella hasta tiempos recientes. Hasta 1965 no se había situado a los *Infatunios de Alonso Ramírez* en el ámbito de la ficción, y sólo en años aún próximos se ha estudiado con algún rigor sus relaciones con la picaresca, en particular su posible aprovechamiento del *Guzmán* y de la figura del antihéroe, y también sus diferencias, casi siempre con la pretensión de encontrar en esas conexiones o

⁴ Véase Stasys Gostautas, «Un escritor picaresco del Perú virreinal: Juan Mogrovejo de la Cerda», en *XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Primer tomo. El barroco en América*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, págs. 327-41. En una obra de características semejantes, *El sueño de sueños* escrito a principios del siglo XIX por José Mariano Acosta Enríquez, apareció por primera vez el lépero o pícaro mexicano (véase Luis Leal, «Picaresca hispanoamericana de Oquendo a Lizardi», en *Estudios de Literatura Hispanoamericana en honor de José J. Arrom*, Chapel Hill: University of North Caroline, 1971, pág. 57).

⁵ Véase Antonio Lorente Medina, *La prosa de Sigüenza y Góngora y la formación de la conciencia criolla mexicana*, Madrid: Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1996, pág. 180, nota 126.

coincidencias los argumentos necesarios para suplir con las crónicas de Indias los vacíos de la novela colonial⁶.

Esa pretensión es la misma que en muchas ocasiones ha llevado a hablar de ese libro de viajes que es *El Lazarillo de ciegos caminantes* como si se tratase de una novela. Desde luego, no es tal, e incluso podría explicarse ese curioso título recurriendo a las descripciones geográficas publicadas por el Cosmógrafo Mayor Cosme Bueno para ayuda de quienes viajaban por el Perú, tituladas precisamente *Lazarillo de ciegos*. Pero en todo caso la contaminación de la picaresca en esta ocasión es más profunda que en los *Infortunios de Alonso Ramírez*. Carrió de la Vandra conocía sin duda la existencia del género, y lo identificaba con determinados rasgos de lenguaje o de contenido, o de ambos aspectos a la vez. Es evidente su eco en la voz de ese indio neto («salvo las trampas de mi madre, de que no salgo por fiador»⁷) apodado Concolorcorvo, cuyo nombre y apellido merecían ser difundidos por los dilatados dominios de España «con más fundamento que Guzmán de Alfarache y Estebanillo González, que celebran tantos santos e ignorantes en distinto sentido»⁸. Esa voz es la que permite no sólo introducir en el relato notas costumbristas y satíricas signadas por el humor, sino también dar al personaje de Concolorcorvo y a cuanto se relaciona con él una condición degradada o antiheroica. Por lo demás, cuando buscaban soluciones literarias para sus propias narraciones ni Sigüenza y Góngora ni Carrió de la Vandra sintieron la necesidad de respetar unos criterios invariables que las propias novelas picarescas parecían ignorar. Precisamente la variedad del género facilita el hallazgo de las relaciones o semejanzas: para justificar el origen pobre pero honrado de Alonso Ramírez suele acudir a la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, donde Espinel sustituyó al pícaro por un hidalgo, lo que autorizaría la adecuación de las características de los personajes a la realidad histórica del autor y a los propósitos perseguidos por cada relato. También se podría invocar el precedente de *Alonso, mozo de muchos amos* para explicar la condición dialógica que el *Lazarillo de ciegos caminantes* adquiere o aparenta avanzada la segunda parte del libro, o para justificar la condición de hablador incontinente

⁶ Véase, sobre estos aspectos, Saúl Sibirski, «Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700). La transición hacia el iluminismo criollo en una figura excepcional», *Revista Iberoamericana*, 31, 69 (1965), págs. 195-207; Julie Greer Johnson, «Picaresque Elements in Carlos de Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*», *Hispania*, vol. 64, I (1981), págs. 60-7; Raquel Chang-Rodríguez, «La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*», en *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos XVI y XVII*, Madrid: José Porrúa Turanzas, 1982, págs. 85-108; Aníbal González, «Los *Infortunios de Alonso Ramírez*: picaresca e historia», *Hispanic Review*, 51 (1983), págs. 189-204.

⁷ Alonso Carrió de la Vandra, *El Lazarillo de ciegos caminantes*, introducción, cronología y notas de Antonio Lorente Medina, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985, pág. 13.

⁸ *El Lazarillo de ciegos caminantes*, pág. 223.

propia del «genio difuso» de Concolorcorvo, digno heredero del «donado hablador» imaginado por Alcalá Yáñez aunque esa caracterización no se presente como positiva ni responda a las pretensiones moralizadoras de su predecesor⁹: aquí es el pretexto que permite a Carrió de la Vandra aderezar con anécdotas y humor la descripción de los escenarios recorridos en su largo viaje desde Montevideo y Buenos Aires hasta Lima.

Estos aspectos han de tenerse en cuenta también al analizar *El Periquillo Sarniento*, sin duda «la primera novela picaresca hispanoamericana»¹⁰. A la hora de dar nombre a su protagonista, José Joaquín Fernández de Lizardi pudo acordarse de *Periquillo el de las gallineras*, de Francisco Santos, y entre sus modelos estuvieron de alguna manera Cervantes, Quevedo (aunque quizá no precisamente con el *Buscón*) y Torres Villarroel. Por otra parte, la facundia de Periquillo contó también con el precedente del «donado hablador» Alonso, ese «mozo de muchos amos» que (significativamente quizá) había desarrollado en México algunas de sus andanzas. Pero, como para Sigüenza y Góngora, para el «Pensador Mexicano» pudo resultar de especial interés la *Vida del escudero Marcos de Obregón*, que permitía adecuar las características del personaje a las inquietudes características de esos años que precedieron a la independencia de México. Si el *Guzmán* pudo entenderse como un largo coloquio entre el moralista y el pícaro que Mateo Alemán llevaba dentro de sí, de Fernández de Lizardi se puede decir que sustituyó las preocupaciones morales por los propósitos educativos, con lo que el contraste barroco se atenuó al sustituir la oposición entre lo divino y lo humano, la picaresca y la ascética, por otra establecida ya en los términos meramente humanos de la crítica social o de las costumbres, aunque eso no excluyese las implicaciones morales y religiosas de las conductas: en el arrepentimiento final de Pedro Sarmiento influye la pretensión de vivir no sólo conforme a las leyes humanas, sino también a las divinas, lo que había de prepararle para bien morir.

Tal vez esa variación ya contaba con un precedente claro en *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor*, lo que ha permitido cuestionar la adscripción de esa novela y la de *El Periquillo Sarniento* al género picaresco, pues «son obras de mero entretenimiento»¹¹ y, si son picarescas, están muy lejos del fondo tétrico del *Guzmán de Alfarache*. En cualquier caso, tal

⁹ Véase Florencio Sevilla Arroyo, «Alonso, mozo de muchos amos: el 'donado hablador' como diseño picaresco», *Insula*, 503 (noviembre de 1988), págs. 16-7.

¹⁰ María Casas de Faunce, *La novela picaresca latinoamericana*, Madrid: Cupsa Editorial, 1977, pág. 32. Como es sabido, empezó a publicarse en 1816 (los tres primeros volúmenes: el cuarto fue prohibido). La edición completa, en cinco volúmenes, apareció en 1830-1831, ya muerto el autor.

¹¹ Amancio Bolaño e Isla, *Estudio comparativo entre el Estebanillo González y el Periquillo Sarniento*, México: Universidad Nacional Autónoma, 1971, pág. 27.

apertura resultó funcional en Hispanoamérica desde que Fernández de Lizardi entendió que las aventuras narradas con picardía o donaire podían resultar útiles a su propósito de enseñar deleitando. Así pudo escribir narraciones acordes con el espíritu de una época en la que la educación constituía un saber normativo difícil de relacionar con el saber práctico propio de la picaresca y de las necesidades inmediatas del pícaro. Esa era la razón para dar a su protagonista un origen de clase media ajeno al determinismo que solía regir el destino de sus antecesores, y adecuado a los planteamientos racionalistas que el «Pensador Mexicano» había hecho suyos. Eso ocurre también en *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, novela escrita en 1820 en la que Fernández de Lizardi prescindió de los engorrosos comentarios de contenido didáctico que entorpecían la lectura de *El Periquillo Sarniento*, convencido ahora de que las andanzas libertinas e impías de Catrín y su condena final permitirían que el lector extrajera por sí mismo las conclusiones moralizadoras convenientes. Antes, en *La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima* (1818, publicada completa en 1831-1832), había tratado de exponer sus ideas sobre el tema explícito en el título. Aunque esta novela guarda también relación indudable con la picaresca, es difícil precisar su deuda (incluso en el personaje de Pomposita, cuya quijotería tiene que ver sobre todo con lo extravagante y ridículo de un comportamiento determinado por aspiraciones injustificadas) con *La pícara Justina* y con otros modelos femeninos de la picaresca española.

Al analizar las obras de Fernández de Lizardi ha de tenerse en cuenta que el escritor mexicano «se encontraba en el cruce de dos tiempos y al describir los males del presente recurría a los métodos de la novela picaresca, pero también avizoraba el costumbrismo que con su continuación realista traería el nuevo siglo»¹². Precisamente porque pertenecen a una época y un espacio diferentes, *El Periquillo Sarniento* y *Don Catrín de la Fachenda* permiten comprobar que la discusión sobre la presencia de la picaresca en Hispanoamérica resulta inútil cuando se empeña en redefinir el género y en encontrar justificaciones para engrosarlo con nuevos títulos, y que tal vez debería centrarse en el análisis de los elementos picarescos que se proyectan en determinadas obras y en las razones que explican esa reaparición. Desde luego, con su obra más famosa Fernández de Lizardi demostró que esos elementos podían resultar útiles para enriquecer y facilitar la lectura de narraciones educativas que además podían contar con otros modelos, como las novelas pedagógicas de Pedro Montengón. Pícaro y alumno se fundían así en un personaje que aprendía de su propia vida y de sus fracasos, se arrepentía y contaba con tiempo suficiente para narrar toda su historia (con la colaboración del supuesto editor: no en vano la obra se había anunciado como

¹² Carmen Ruiz Barrionuevo, «Introducción» a José Joaquín Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarniento*, Madrid: Cátedra, 1997, pág. 41.

Vida de Periquillo Sarniento, escrita por él para sus hijos, y publicada para los que la quieran leer, por don J. F. de L., autor del periódico titulado El Pensador Mexicano) para enseñanza de sus descendientes¹³. Las andanzas de Pedro Sarniento, un hijo único malcriado, vago y vicioso, habían permitido ofrecer también una visión crítica de la sociedad colonial y de sus limitaciones, pero ahora ya no resulta evidente que fuera necesario apicararse para sobrevivir, lo que condice con la voluntad modernizadora que guió los propósitos educativos de Fernández de Lizardi. Se inauguraba así un camino que había de encontrar numerosos seguidores en el futuro.

Desde luego, no todos compartirían esa actitud crítica y a la vez esperanzada. La primera prueba puede encontrarse tal vez en *Martín Fierro* (1872-1879), el célebre poema gauchesco de José Hernández. Como es sabido, en su segunda parte aparece el viejo Vizcacha, cuya relación con el hijo de Fierro «no es sino la clásica de amo-pícaro»¹⁴, y también el hijo del sargento Cruz (significativamente apodado Picardía), cuyas andanzas tienen un tono picaresco aún más evidente. Resulta significativo que Hernández recurriese a esa tradición cuando la rebeldía romántica de la primera parte de su poema había dejado paso a los propósitos educativos, a una actitud pragmática acorde de algún modo con los planteamientos positivistas que dominaban en su tiempo: la de hacer un libro «destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva», utilizando su mismo lenguaje y tipos reconocibles para la difusión amena de valores morales y sociales. Pero la comicidad y el cinismo de los relatos no encubre esta vez las dificultades por las que discurre la existencia de unos muchachos desamparados, obligados a aprender de la vida, expuestos no sólo a la acción de personajes negativos que incluso pueden ser sus maestros, sino a la amenaza de los poderes establecidos, que en la Argentina de la época fueron precisamente los responsables de la desaparición de los gauchos.

A lo largo del siglo XX la tradición picaresca enriqueció en Hispanoamérica obras de factura muy variada, pero que muestran esa huella en su condición de relatos autobiográficos narrados por antihéroes o personajes marginales que recuerdan sus esfuerzos para sobrevivir o mejorar de estado por medio del engaño y de otros recursos casi siempre ilegítimos, y de paso ofrecen una visión crítica de sus propias hazañas y del medio social en que las desarrollan. Quizá los ejemplos de menor interés son aquellos que trataron de situar a los pícaros clásicos en escenarios americanos, como *El Lazarillo en América* (escrita hacia 1930 y publicada sin fecha), del panameño José N. Lasso de la Vega, y *Don Pablos en*

¹³ Véase Beatriz de Alba-Koch, «Picaresca y novela educativa en la Nueva España: *El Periquillo* de Fernández de Lizardi», *Studi Ispanici* (1999), págs. 67-76.

¹⁴ Luis Sáinz de Medrano, «Introducción» a José Hernández, *Martín Fierro*, Madrid: Cátedra, 1987, pág. 41.

América (1932), del venezolano Enrique Bernardo Núñez¹⁵. La primera, un «ensayo de novela crítico-social», resucitó a Lázaro de Tormes en la España de Alfonso XIII y lo obligó a recurrir a las astucias aprendidas en su juventud para salir adelante. Esta vez sus aventuras transcurren sobre todo en tierras americanas, donde se suceden desengaños y reveses, amos y privaciones, hasta que logra enriquecerse y volver a España en la cumbre de su buena fortuna. Aunque en la novela se manifiestan otras inquietudes propias de la literatura hispanoamericana del momento (como el asombro ante una realidad diferente, que para Lázaro resulta desconocida), Lasso de la Vega utilizó preferentemente las bellaquerías de su personaje para hacer una crítica desenfadada de la política, la educación, la justicia, el periodismo e incluso la literatura de su tiempo. En cuanto a *Don Pablos en América* (en realidad se trata sólo del último de los tres relatos incluidos en el volumen de ese título), muestra al Buscón ya en las Indias, donde se desempeña como regidor, alcalde y encomendero, admirado por sus iguales cuando le acompaña la fortuna, cómplices todos en la degradación moral de la colonia. Enrique Bernardo Núñez lo hizo morir viejo y solitario, pero dejó constancia de que su casta socarrona y astuta se había perpetuado en la América independiente.

Los personajes de la picaresca clásica quedaban así al servicio de la crítica de costumbres pasadas o contemporáneas. Otro tanto puede decirse de los nuevos pícaros que en numerosas obras recuperaron rasgos de sus antepasados para aderezar sus relatos con ingredientes reconocibles y atractivos para el lector. En este sentido cabe resaltar los logros tempranos del argentino Roberto J. Payró, quien en el «cronicón de la conquista» titulado *El falso Inca* (1905) recreó las hazañas del pícaro Pedro Chamijo, un aventurero andaluz que a mediados del siglo XVII encabezó una rebelión de los indios calchaquíes. Fue el paso previo a la creación del pícaro contemporáneo que en *El casamiento de Laucha* (1908) narra con desparpajo e inocencia las canalladas que rodean la boda con la que ese holgazán aficionado al juego y la bebida trata de salir de la miseria. Payró volvió a aprovechar esa tradición gauchesca que ya había hecho suyo el legado de la picaresca (al menos a través de *Martín Fierro*) en *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1910) para hacer una crítica severa de las costumbres políticas de Argentina en torno a 1900: el apelativo que Mauricio Gómez Herrera recibe precisamente de su hijo natural, Mauricio Rivas, le da una filiación matonesca (Juan Moreira era un delincuente muy celebrado por la literatura argentina) que Payró sitúa entre las fuerzas retrógradas de la barbarie, pretexto para criticar el arribismo político de su tiempo, capaz de sacrificar todos los valores al medro personal. Las correrías infantiles del protagonista alguna vez se dicen directamente inspiradas en el *Gil Blas*, pero el legado de la picaresca afecta a

¹⁵ Véase Casas de Faunce, *op. cit.*, págs. 87-100.

todo el relato autobiográfico, cuyo tono a la vez burlón y moralizador impregna de cinismo la actuación sin escrúpulos que lleva al protagonista desde su aldea natal hasta Buenos Aires e incluso hasta París, al tiempo que descubre la degeneración de la sociedad en la que prospera.

Por lo demás, los nuevos pícaros pueden encontrarse por doquier, quizá con especial incidencia en la literatura mexicana¹⁶. Con *El Canillitas, novela de burlas y donaires* (1941), Artemio de Valle-Arizpe se contó entre quienes los recrearon en tiempos de la colonia, pero sin duda ofrece mayor interés *La vida inútil de Pito Pérez* (1938), donde José Rubén Romero hizo de su protagonista una consecuencia de la sociedad mexicana post-revolucionaria, que transforma su bondad natural en desencanto ante convenciones y prejuicios que se mantienen invariables y que se satirizan con el mismo humor con que se narran sus aventuras. Y también pueden encontrarse muestras en otras latitudes, como *Oficio de vivir* (1958), donde Manuel de Castro siguió el modelo autobiográfico del *Lazarillo* para relatar el aprendizaje vital de un campesino uruguayo, sus andanzas de empleo en empleo hasta que su buena fortuna lo lleva a garantizarse la comida como auxiliar de la Cárcel Central de Montevideo. La influencia de la picaresca clásica es, en todos los casos mencionados, evidente.

En la narrativa hispanoamericana más contemporánea pueden encontrarse otras muestras de esta picaresca renovada, como *Hasta no verte Jesús mío* (1969), de Elena Poniatowska, *Guía de pecadores en la cual se contiene una larga exhortación a la virtud y guarda de los mandamientos divinos* (1972), de Eduardo Gudiño Kieffer, o *Las aventuras, desventuras y sueños de Adonis García, el vampiro de la colonia Roma* (1979), de Luis Zapata¹⁷. La deuda con las manifestaciones clásicas del género es discutible en la primera de esas obras, una novela-testimonio que recuerda la vida difícil de Jesusa Palancares, su visión escéptica y desconfiada de las relaciones humanas, su crítica de los distintos estamentos de la sociedad mexicana con los que ha tenido contacto. En los otros dos casos esa herencia es evidente, y los autores insistieron en demostrarla. En la novela de Gudiño Kieffer, cuya relación con la literatura española del Siglo de Oro se manifiesta desde el título, la confirman muchos de los epígrafes elegidos para introducir cada capítulo, tomados del *Lazarillo*, *El Guzmán*, *El Buscón*, *La pícara Justina*, *Alonso, mozo de muchos años* o *Periquillo el de las gallineras*. También es explícita la pretensión de mostrar tipos semejantes a los presentados en la novela picaresca, y picarescos son muchos de sus personajes, los móviles elementales que determinan su conducta y la actitud escéptica o cínica

¹⁶ Véase Timothy G. Compton, *Mexican Picaresque Narratives. Periquillo and Kin*, New York: Associated University Presses, 1997.

¹⁷ Véase Didier T. Jaén, «La picaresca en América hoy: Poniatowska, Gudiño Kieffer y Luis Zapata», en *Las relaciones literarias de España e Iberoamérica*, ed. cit., págs. 663-71.

que se desprende de su sentido del humor. Otro tanto ocurre con *El vampiro de la Colonia Roma*, cuyos capítulos aparecen precedidos por citas del *Lazarillo* y de su continuación escrita por Juan de Luna, y también de *La pícara Justina*, *El Guzmán* y *El Buscón*, así como de *El Periquillo Sarniento*, de *La vida inútil de Pito Pérez* e incluso de *Santa*, la novela con que Federico Gamboa conjugó la presenciación naturalista de la prostitución con una búsqueda de regeneración espiritual. Si *Guía de pecadores* indagaba en los bajos fondos de Buenos Aires, *El vampiro de la Colonia Roma* se sumerge en el submundo de la ciudad de México, en un nuevo intento de describir y valorar la vida secreta en una gran ciudad de fines del siglo XX. Al enriquecer un testimonio como *Hasta no verte Jesús mío*, la tradición picaresca colaboraba al desarrollo de una novedosa orientación realista de la narrativa hispanoamericana; al convertirse en referencia constante de obras como las de Gudiño Kieffer y Zapata, que presentan una factura decididamente experimental y tratan temas antes inabordables como los del travestismo y la prostitución homosexual masculina, esa tradición se muestra como una inagotable fuente de inspiración a la hora de conquistar nuevos territorios para la literatura.

TEODOSIO FERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid